

MAQUIAVELO Y EL ARTE DEL ESTADO

Andreina Bianchini
Académica Correspondiente

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Necesidad.
Virtus.
Fortuna.
República.
Libertad.

Este trabajo propone dar una amplia visión de la obra y pensamiento del Maquiavelo en su contexto histórico, enfatizando su importancia para la fundación del pensamiento político moderno y mostrando cómo, en los cinco siglos desde su muerte, ha sido al centro de la reflexión sobre el arte de gobernar, en contraste con la «leyenda negra» en torno a su nombre en la imaginación popular.

ABSTRACT

KEYWORDS

Necessity.
Virtus.
Fortune.
Republic.
Liberty.

This paper proposes a broad vision of the works and thought of Machiavelli in historical context, emphasizing his importance for the post-Renaissance approach to politics and showing how, in the five centuries since his death, he has remained central to discussions of political theory in contrast with the black legend that surrounds his name in the popular imagination.

... y por esta cosa, después de leerla, se vería que los quince años que dediqué al estudio del arte del Estado no los pasé durmiendo ni jugando; y a cualquiera debería resultarle agradable servirse de alguien que a expensas de otros estuviera lleno de experiencia.

(Carta a Francesco Vettori del 10 diciembre del 1513).

Maquiavelo es, actualmente, un personaje de invención (Riccardo Bruscasti en *Machiavelli*, 2008)

La idea de escribir este ensayo germinó por casualidad en un lugar ameno, no muy lejos de Florencia, en la pequeña quinta que fue de Maquiavelo, donde se había retirado por un periodo después del 1512. Estaba con Ana Padilla, delante del escritorio donde Maquiavelo escribió el *Príncipe*, los *Discursos*, y mucha de su famosísima correspondencia, y nació la idea de presentar, en

Córdoba, una perspectiva de Maquiavelo más conforme a la que se tiene en su tierra.

Una tarea atrevida para un modesto trabajo divulgador (cuento con la indulgencia de los especialistas) porque sería necesario un volumen, no un artículo, para hacer justicia a tema tan grande.

Una tarea atrevida también porque, como observó el filósofo francés estudioso de Maquiavelo, Claude Lefort, es inútil tratar de contrastar al uso común, aún si tiene poco que ver con quien era de verdad esta extraordinaria figura histórica, y con lo que verdaderamente hizo y dijo en su vida¹.

Ahora, más bien que lanzarnos directamente en una discusión de las ideas y del método, proto-científico y revolucionario de Maquiavelo, conviene tener presentes algunas informaciones menos notorias. Informaciones que, por sí mismas, ya empezarán a sembrar algunas dudas sobre el estereotipo granítico que en la realidad está tan lejos de echar luz sobre este florentino, humanista, historiador, dramaturgo, poeta, y pensador, cuyas obras son un parteaguas en la reflexión occidental sobre la política. Porque con Maquiavelo entramos de lleno en la modernidad como en un improviso baño frío. Y «no sólo», para volver a citar a Le Fort, «porque se lo considera uno de los fundadores de la moderna teoría política, sino porque la realidad sigue dando razón a su análisis de la acción política», y porque, como escribe Félix Gilbert, nunca podremos volver a conceptos de política que existían antes de que Maquiavelo escribiera².

Dejando pues al lado por un momento el *Príncipe* y su obra maestra, *Los Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, echemos una rápida ojeada al cuadro general de sus escritos y al periodo histórico y al lugar, al *humus* desde el cual brotó.

Aparte los especialistas, pocos saben que Maquiavelo escribió una cantidad de obras importantes que ocupan millares de páginas, y que estas páginas incluyen la comedia más lograda del Quinientos italiano, *La Mandrágora*, y miles (algo más de 6.000) despachos diplomáticos de sus casi 15 años de intensa actividad política y diplomática como secretario de la se-

¹ Véase Claude Lefort, *Maquiavelo: Lecturas de lo político*, Madrid, Trotta, 2020 (2010). (Título original: *Le travail de l'oeuvre Machiavel*, 1972).

² Felix Gilbert, *Machiavelli and Guicciardini: politics and History in Sixteenth Century Florence*. New York, Norton, 1984 (Princeton University Press, 1965), 200: «We can never return to concepts of politics which existed before Machiavelli wrote».

gunda cancillería de la república florentina, encargado entre otras cosas de relaciones con el extranjero; que ha escrito una brillante historia de Florencia que abarca más de un milenio, y que ha escrito, *post res perditas*³, un diálogo titulado el *Arte de la guerra*, importante tratado político que fue impreso bien siete veces en el curso del siglo XVI, inclusive en España⁴, y centenares de cartas privadas, de las cuales más de 300 conservadas, cartas de él y a él que constituyen testimonios clave de la época y que nos dan un retrato auténtico del hombre, del amigo, del amante de quizás demasiadas mujeres, del padre de sus hijos y hombre de familia. Una de estas cartas, muy famosa y leída en los colegios italianos, aparece aquí como Apéndice I. El crítico norteamericano William J. Connell la ha designado como la carta más famosa de la historia moderna⁵.

La colección más reciente de las obras completas ha salido en el curso de una docena de años en una prestigiosa edición nacional, que consiste en seis volúmenes articulados en nada menos que diecinueve tomos. De éstos, siete están dedicados a las legaciones, los escritos diplomáticos de todo tipo que escribió durante su periodo de actividad política. (Se dice que los despachos de sus legaciones tenían algo de legendario entre sus colaboradores y que los dejaban admirados por el análisis y maestría política diplomática y narrativa). Además, desde el 2015 tenemos, por la editora Treccani, una enciclopedia maquiaveliana en tres corpulentos volúmenes.

Una reseña bibliográfica, obra de Alessandro Arienzo con Artemio Enzo Baldini y Claudia Favero, apéndice a una impresión del 2022 de las

³ Expresión empleada por Maquiavelo en una carta para indicar el periodo después del 1512. Todas las obras mayores de Maquiavelo fueron escritas *post res perditas*.

⁴ Véase Victoria Pineda, «Maquiavelo en España: versiones poco exploradas del *Arte della guerra*», *Studia Aurea*, 17, 2023: 439-479. Todas las obras de Nicolás Maquiavelo están disponibles en español en modernas ediciones. Para las citaciones de *El Príncipe* he utilizado la edición de Espasa Libros del 2021 (duodécima impresión) de la traducción y notas de Eli Leonetti Jungl, con introd. de Giuliano Procacci, y para los *Discursos*, una traducción publicada por Amazon en Francia, sin indicación del traductor ni del año de publicación.

⁵ Véase William J. Connell, «La lettera di Machiavelli a Vettori del 10 dicembre 1513» in *Machiavelli nel Rinascimento italiano*, Milano 2015, 51-93: «La lettera che il 10 dicembre 1513 Machiavelli inviò a Francesco Vettori, con l'annuncio della stesura di un trattato sui principati, è diventata la lettera più famosa della storia moderna. La sua fama è paragonabile o superiore a quella di illustri precedenti quali la Settima Lettera di Platone, la corrispondenza tra Pietro Abelardo e Elosia, la lettera di Dante a Can Grande, e l'*Ascesa al Monte Ventoso* e l'*Ad posteritatem epistola*» di Francesco Petrarca, 51. (Artículo publicado originalmente en inglés en 2011.)

obras completas, que incluye sólo estudios publicados en los quince años desde 2000 hasta 2015, contiene 1.125 entradas, una media de setenta y cinco al año⁶. Arienzo, profesor en la Universidad Federico II de Nápoles, ha hecho también una versión digital —‘*A Reference bibliography on Machiavelli and Machiavellianisms (2000-2016)*’— que se puede actualizar fácilmente. Cuando fue puesta al día el 17 de diciembre del 2019 tenía noventa y dos páginas. Esto, sin tener en consideración todo lo que se ha escrito entre los años 1550 y 1999.

En conclusión, la bibliografía sobre Maquiavelo es oceánica, y el interés no da señas de disminuir. No hay autor o pensador importante de la tradición occidental que no se haya ocupado mucho o poco del Maquiavelo. Como escribe Isaías Berlín en su famoso ensayo intitulado «La Originalidad de Maquiavelo», es un caso único, porque existen más de una veintena de teorías principales diferentes sobre cómo interpretar el *Príncipe* y los *Discursos*, y esto, a pesar de que Maquiavelo es elogiado por su prosa concisa, seca y clara. Y por supuesto Berlín propone su propia y fascinante interpretación, importante complemento a las demás⁷.

En España también, como en toda Europa, ya desde la segunda mitad del s. XVI no se ha dejado de tener en cuenta los escritos de Maquiavelo, los cuales han condicionado las discusiones sobre cómo se debía gobernar, aún si casi siempre se trataba de rebatirlo⁸. En torno y a consecuencia de la obra de Maquiavelo nace la misma idea de «ciencia política».

Pero sigamos otra pista. Echemos una ojeada al *humus*, al contexto, al mundo de Maquiavelo, partiendo de algunas observaciones sobre su obra

⁶ En *Niccolò Machiavelli, Tutte le Opere. Secondo l'edizione di Mario Martelli (1971)*, Firenze, Bompiani, 2022 (2), 3095 – 3245.

⁷ Isaia Berlin, «The Originality of Machiavelli» in *Against the Current*. Princeton University Press, 2013 (First edition Hogarth Press, 1979), 33–100. Para Berlín Maquiavelo llegó a mostrar que la visión cristiana del mundo era incompatible con una manera realista y eficaz de gobernar. Según Berlín «tocaba a alguien decirlo. Maquiavelo lo hizo», 83.

⁸ Véase la obra fundamental de J.A. Maravall, «Maquiavelo y el maquiavelismo en España», en *Estudios del pensamiento español, Siglo XVII*. Madrid. Ediciones Cultura Hispánica, 1976, pp. 39–76. El ensayo había salido por primera vez en 1969. De especial relevancia son las obras de los jesuitas, y en particular, las de Ribadeneyra y Feijoo. Véase también Gennaro Barbuto, «Los Jesuitas y el “príncipe” de Maquiavelo: de Ribadeneyra a Gracián. Paradigmas de la mediación», en *Res Publica: Revista de Historia de las Ideas Políticas* (Madrid), 20 (1)2017: 125–140. La obra de Ribadeneyra —*Tratado de la Religión y virtudes que debe tener un Príncipe christiano para gobernar y conservar sus Estados contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos de este tiempo enseñan*’— famosísima, tuvo muchas reimpressiones y traducciones in latín, francés e italiano.

maestra. Para el insigne crítico Giorgio Inglese, los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* son «el texto más importante del pensamiento político que se haya escrito en italiano; son la primera obra maestra de la historiografía moderna»⁹. Tienen la forma de un comentario libre, selectivo, que parte de momentos significativos de la historia de Roma y otras historias antiguas, y correspondencias con la situación del momento en Florencia, en Italia y en Europa en general. Es una obra eximia del humanismo italiano, otro testimonio más de la total compenetración de la antigüedad clásica, que fue el filtro a través del cual se entendía la vida entre los italianos del Renacimiento. Todos, no sólo los eruditos o los intelectuales, sino también mercaderes y gente de variadas profesiones y oficios, leían y conocían a los clásicos latinos y a las traducciones de muchos de los griegos. El padre de Maquiavelo, doctor en leyes con una muy discreta biblioteca de obras clásicas, lo inició en el estudio del latín a los siete años, y sabemos que leyó a Cicerón, Plauto, Salustio, Floro, Tácito y Suetonio, y que conoció las traducciones que había, en latín o en vulgar, de Tucídides, Aristóteles, Polibio, Plutarco, Apiano, Herodiano y Procopio¹⁰. Él mismo tradujo a Terencio, y más impresionante, tenemos el autógrafo de su transcripción integral del *De Rerum natura* de Lucrecio, cuya influencia en la orientación de su perspectiva sobre el mundo no fue para nada insignificante¹¹.

Nótese que Maquiavelo escoge la primera década de Livio para su magistral comentario, justo porque es la parte de la historia que trata la fundación de Roma y los primeros siglos de su existencia, primero bajo los reyes, y luego, después de su expulsión, los célebres siglos de la República Romana. En el Renacimiento, y entre lo humanistas, se consideraba el periodo de la República romana el más glorioso, y no el que consideraban su degeneración en impero. (Justo el opuesto de Dante y el concepto me-

⁹ Véase Niccolò Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, intr. de Gennaro Sasso, premisa al texto y notas de Giorgio Inglese. Avvertenza, 43.

¹⁰ Hay mucho escrito sobre hasta qué punto y de qué forma Maquiavelo pudo conocer directamente a sus fuentes antiguos, incluso los griegos traducidos, y en cuáles de las varias traducciones e impresiones, lo que no nos interesa explorar aquí. Baste decir que resulta bastante evidente en sus obras que conoció a muchos de ellos, en latín directamente o en vulgar. De Aristóteles hubo muchas impresiones y probablemente lo conoció con los comentarios de Santo Tomas traducidos por Acciaiuoli. Sobre su uso profundo y original de Polibio véase Gennaro Sasso, *Machiavelli e gli antichi*, vol. I. Roma, Ricciardi, 1987.

¹¹ Cfr. Emanuele Cutinelli-Rendina, *Introduzione a Machiavelli*, Roma-Bari, 2016: «La trascrizione lucreziana», 7-8.

dieval). Por lo tanto, no César, no Octaviano, sino Escipión, Catón, Lucio Furio Camillo, Quinto Fabio Massimo, etc. Está aquí, en los tres libros de los *Discursos*, que encontramos, a través de centenares de páginas, el más auténtico y profundo retrato de su pensamiento sobre la política, y donde emerge como un apasionado teórico y promovedor de la forma republicana de gobierno.

Hay que ver, pues, a Maquiavelo ubicado en su época, pero esa época fue algo excepcional en el grande tapiz de la civilización occidental. Era el Cuatrocientos y Quinientos italianos, período en el cual, a propósito, España tiene un papel de protagonista. Y esto, y no sólo por los reyes catalanes del reino de Nápoles, por el papa español Alejandro VI y su hijo César Borgia, por el advenimiento a la corona de Nápoles de Fernando el Católico en 1504 —del cual hay un retrato en el *Príncipe*— y por la presencia de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán (del cual, en los *Discursos*, Maquiavelo menciona la ingratitud y mal trato que recibió a manos de Fernando el Católico), sino también por el que va a tener el papel determinante en el destino italiano, Carlos V, especialmente después del Saco de Roma en 1527, y cuando, en 1530, con la derrota de la tercera República florentina, se fija el destino político de Italia hasta 1861. El reino de Nápoles pasará a ser parte de la corona española y las vicisitudes italianas y españolas por un larguísimo periodo se entrelazan íntimamente¹².

Mientras tanto, el comportamiento del papado y la corte papal complicaban inmensamente la situación y destino infausto de Italia. El papa español Rodrigo Borgia, es decir, Alejandro VI —que ya para Savonarola era el anticristo—, incrementó deliberadamente el poder temporal de la iglesia imponiendo una nueva dirección a la política pontificia, y sostuvo la audaz actividad de su hijo César Borgia enderezada a la expansión de su dominio. El papa y la corte papal habían sido objeto de duras críticas ya desde los tiempos de Dante, y luego de Boccaccio, —fíjense que el *Decameron* es del 1350, el retrato del comportamiento de la corte papal que sale entre otros lugares en la segunda novela de la primera jornada, sobre Abraham el judío, es realmente impactante— y en la época de Maquiavelo estamos ya 150 años más adelante y el ambiente de la corte de Roma seguía constituyendo un ejemplo de costumbres y práctica lamentables. Maquiavelo dice:

¹² Sobre este tema puede ser de interés para el lector español el libro de Paul Larivaille, *La vida cotidiana en la Italia de Maquiavelo*. Madrid, Hachette 1979.

«los italianos tenemos, por lo tanto, con la Iglesia y con los sacerdotes esta primera obligación, de habernos vuelto sin religión y malos»¹³.

Tal es la situación que, en primer libro de los *Discursos*, Maquiavelo llega a decir que si se tomara una nación como la Suiza, tan ordenada, recta y bien organizada, y si se trasladara allá el papado, dentro de pocos años dominaría el desorden, la corrupción y ruina del país¹⁴.

Maquiavelo reconoce que los franciscanos y dominicos han salvado el catolicismo en Italia, pero que tenían de negativo que apagaron el impulso de rebelarse contra la autoridad de la iglesia, y por lo tanto la posibilidad de poderla reformar.

Pero para Maquiavelo, entre las tragedias ocasionadas por el comportamiento del papado «aún hay otro mayor que ha ocasionado nuestra ruina, y consiste en que la Iglesia ha tenido y tiene a Italia dividida». Porque no fue suficientemente fuerte para afirmarse sobre todo el territorio, pero lo era para impedir que otro lo hiciera. (*Discursos*, I, XII).

En fin, al centro de este tapiz histórico campean las ciudades estado italianas. Recordemos que la tipología de la ciudad estado fue también la vigente en la Grecia clásica que había producido el milagro de Atenas y el núcleo y fuente de toda la civilización occidental¹⁵. Pues las ciudades estado italianas con sus desbordantes caudales, con su típica organización social económica-mercantil y política, detenían la mayor parte de las riquezas de todo el occidente y habían financiado a deuda las monarquías inglesas y francesas durante la guerra de los Cien Años. Como se sabe, «las asombrosas ciudades-estado [...] habían hecho de Italia, durante los siglos XIV y XV, el centro de Europa»¹⁶. Y aunque la libre ciudad estado se estaba revelando, sin que la mayor parte de los italianos estuvieran dándose cuenta, un modelo anacrónico ante la formación de los grandes estados nacionales,

¹³ *Discursos*, I, XII.

¹⁴ *Ibidem*. El mismo Guicciardini, aristocrático embajador de Clemente VII (otro papa Medici) y voz más moderada que la de Maquiavelo, dijo que, si no tuviera que trabajar para el papado por sus intereses privados, se haría luterano, y no por la teología, sino solo para hacer disminuir «toda esa caterva de malvados». *Ricordi*, n.º 28. Siendo un clásico, hay muchas ediciones de los *Ricordi* di Guicciardini. Son numerados, y generalmente citados por el número. He utilizado la edición de *Ricordi Diari Memorie*, Roma, Riuniti, 1981.

¹⁵ Y, como observa Alfonso Abbamondi en *La Politica di Aristotele e Machiavelli* (Rossano, 1911), Atenas también, al final de su periodo más glorioso, perdió su libertad.

¹⁶ James Burnham, *The Machiavellians, Defenders of Freedom*. Borough, Lume Books, 2020 (1943), 31.

su canto de cisne fue una época brillante en todos los ramos de la actividad humana, aun si lo que más incide en la memoria popular no sean las insignes obras de literatura, filología, historia, tratados de filosofía moral, investigación de la naturaleza, precursor de la incipiente nueva ciencia de Galileo y Copérnico, sino los grandes artistas y arquitectos. Porque allí estaban Brunelleschi, Donatello, Ghiberti, Ghirlandaio, Raffaello, León Batista Alberti y tantos otros. Maquiavelo era un contemporáneo, aunque mucho más joven, de otros dos florentinos, Leonardo y Miguel Ángel, los conocía, y estaba presente cuando en el 1504 colocaron la monumental estatua del David en la plaza de la señoría, símbolo de Florencia como triunfo de la inteligencia contra la fuerza bruta de sus múltiples enemigos. Maquiavelo pasaba delante de él todos los días al entrar en su despacho en el Palacio de la Señoría.

Después del Saco de Roma en 1527, los florentinos expulsaron por la tercera vez a los Medici, y constituyeron la Tercera República. Sólo tres años después se vieron asediados por las fuerzas del papa Clemente VII (un Medici) y el emperador Carlos V. Sobre esto Guicciardini —humanista, diplomático, amigo de Maquiavelo, autor de una monumental *Historia de Italia*— escribió que no se podía imaginar que la república pudiera resistir siete días, y en cambio resistió siete meses a un asedio sin esperanzas, contra las fuerzas de Carlos V, españolas e imperiales, junto con las del Papado, sin la posibilidad de recibir ayuda o alianzas¹⁷. Miguel Ángel estaba entre los defensores, y tuvo que esconderse después por muchos meses en el subterráneo de la basílica de San Lorenzo para evitar la captura, espacios muy de reciente abiertos por primera vez al público para ver los dibujos que hizo en las paredes de su escondite.

En fin, la Italia de Maquiavelo era rica, culta, de inagotable talento y creatividad, versada en todos los campos del saber humano, pero no defendida. Se habían dedicado a todo menos a eso, una negligencia desastro-

¹⁷ Guicciardini, hablando de la fuerza de la fe, que dice es «credere con opinione ferma e quasi certezza le cose che non sono ragionevole», da como ejemplo la defensa de la Florencia de la tercera república: «Essempio a' di' nostri ne è grandissimo questa ostinazione dei Fiorentini, che essendosi contro a ogni ragione messi a aspettare la guerra del papa e imperadore, senza speranza di alcuno soccorso di altri, disuniti e con mille difficoltà, hanno sostenuto in sulle mura già sette mesi gli eserciti, i quali non si sarebbe creduto che avessino sostenuti sette dì [...]. *Ricordi*, n. 1. (italiano original arcaico.)

sa. De manera que cuando llegaron los «bárbaros» (así los llamaban) se hundió y perdió su libertad¹⁸.

Tal era la situación, caracterizada por la conflictividad de todos contra todos entre las ciudades estados después de la muerte de Lorenzo el Magnífico, cuando en el año de 1494 Carlos VIII, rey de Francia, entró en Italia con el fin de reconquistar el reino de Nápoles a los gobernadores aragoneses quienes, en 1442, lo habían quitado a los angevinos. Para hacerlo, Carlos VIII tuvo que atravesar todo el territorio hasta Nápoles con su inmenso ejército francés, inaugurando un período nefasto de conquista y ruina, y causando un choque profundo e indeleble en la población de la península. El conflicto permanente entre Francia y España que se desplegaba en Italia por el control de ella llevó, al final, a la victoria de los españoles. En el reino de Nápoles, las últimas resistencias francesas fueron derrotadas en 1504, gracias al cordobés, el Gran Capitán. Ningún salvador nativo apareció para poner fin «alla violenza da cui fu spezzata la possibilità di una storia nazionale degli italiani»¹⁹. Y, sin embargo, contemporáneamente, continúa la actividad intelectual y artística, y justo allí estaba naciendo una manera más realista de ver el mundo, enraizada en la experiencia y la observación directa. Este fermento nos iba a llevar no solo al pensamiento de Leonardo y Maquiavelo sino también, poco después, a Galileo y la ciencia moderna, antes de ser sofocada temporáneamente, al menos en Italia y en España, por la Contrarreforma, cuando el desarrollo de la ciencia y de la especulación filosófica tuvo que trasladarse al norte de Europa.

En breve, el año del 1494 está recordado en la historia de Italia como año clave, simbólico, del inicio de las desgracias que encontró su desenlace treinta y tres años después en el Saco de Roma, y seguido, en el fatídico 1530, de la caída de la tercera república florentina, con las subsiguientes desdichas que duraron más de 300 años.

Al momento de la entrada de Carlos VIII en 1494, los florentinos se desechan de Piero —«Piero el Fatau», hijo inepto de Lorenzo el Magnífi-

¹⁸ Cfr. en este respecto el comentario de Guicciardini en una carta a Maquiavelo sobre el comportamiento de Clemente VII poco antes del Saco de Roma: «Nunca he visto a nadie que cuando ve venir el mal tiempo, no haya intentado de alguna manera hacer las cosas para cubrirse, excepto nosotros, que queremos esperarlo en medio de la calle descubiertos», (traducción mía) citado por Maurizio Viroli, *Il Sorriso di Machiavelli*, Bari-Roma, 2016 (1998), 262. (De este libro, de muchísimo interés, existe una edición en español, *La Sonrisa de Maquiavelo*, Barcelona, 2002.)

¹⁹ Giorgio Inglese, *Per Machiavelli: l'arte dello stato, la cognizione delle storie*. Roma, Carocci, 2023, 91.

co—, y declaran la república. Desde entonces hasta 1498, año de su condena y ejecución, Savonarola —un reformador que precedió y fue más radical que Lutero, especialmente social y políticamente— condiciona la actividad del gobierno florentino desde entre bastidores. Su caída abrió la puerta a un periodo excepcional en la vida de Maquiavelo.

Son, pues, los años 1498-1512 en los que Maquiavelo estaba justo en medio de todo con su intensa actividad política y diplomática, que como secretario de la segunda cancillería de la república lleva a cabo misiones en la corte francesa, en Suiza, en las ciudades libres de Alemania, en la corte de Maximiliano, en Roma, en todas las ciudades estado principales de Italia. En los casi quince años de esta actividad política adquiere una experiencia única immortalizada en miles de reportajes y, obviamente, en todas sus reflexiones sobre la política, sobre la importancia de tener una visión de cómo están las cosas en el mundo real. Es la famosa *verità effettuale*, la verdad efectiva²⁰, que para Maquiavelo consiste en un estado de conflicto, en donde se debe escoger no entre el bien y el mal, sino entre la seguridad y la ruina²¹. Así lo había visto y vivido en un periodo de los más críticos para su país.

Pero el ejemplar servicio político de Maquiavelo no hubo de durar. En el 1512, por un acuerdo entre el papa Julio II y Fernando el Católico, las tropas españolas saquean Prato, a las puertas de Florencia, la República cae, y los Medici vuelven al poder²². Poco después Maquiavelo estará detenido por ser sospechoso, falsamente, de complacencia en una conjuración contra ellos. Con la amnistía por la elección de León X (un Medici,

²⁰ En el Cap. XV del *Príncipe* encontramos el famoso párrafo: «Pero siendo mi intención escribir una cosa útil para quien esté en grado de entenderla, me ha parecido más conveniente perseguir la realidad efectual antes que la imagen artificial. Muchos han imaginado repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos en la realidad [...]». Sobre la *verità effettuale* de Maquiavelo véase Carlo Ginzburg, «Intricate Readings: Machiavelli, Aristotle, Thomas Aquinas» *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 2015, 78, 157-172: «His words echo the anti-Platonic overtones of the passage from Aristotle which he had read in Bruni's translation», 170. Singleton nos recuerda que sea Aristóteles sea Santo Tomás (en su comentario) dicen que la verdad en los asuntos prácticos se deduce de los hechos de la vida y hay que ponerse al examen de ellos. Cfr. Charles S. Singleton en su artículo seminal «The Perspective of Art», *Kennyon Review*, 1953: 15, n. 2, 169-189.

²¹ Inglese, *Per Machiavelli*, 57.

²² Véase Quentin Skinner, *Maquiavelo*, Madrid, 2020 (1984): «los Medici venían de haber reconquistado su ascendencia en Florencia por obra de un asombroso golpe de suerte combinado con la imparable fuerza de las armas ajenas proporcionadas por Fernando el Católico», 50.

hijo de Lorenzo el Magnífico), Maquiavelo vuelve a la libertad y se aísla por un periodo a Sant'Andrea in Percussina, donde medita, escribe, piensa, lee, y sufre la separación de la vida activa política. Luego empieza a acudir a los Orti Oricellari, el salón literario más estimulante e importante de la ciudad, donde lee a los jóvenes cultos de la ciudad parte de sus *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, que está componiendo.

Después de estar relegado e ignorado, después de tanta amargura y paciencia, poco a poco alcanza una pequeña reivindicación en sus últimos años, cuando le piden consejos y opiniones sobre la reorganización política de Florencia bajo León X y Clemente VII (los dos papas Medici), y cuando Clemente VII le comisiona una historia de Florencia, que ahora se enumera entre sus obras mayores. Enseguida adquiere un puesto junto a Guicciardini en los territorios del estado de la Iglesia en el periodo precedente al Saco de Roma. (Mientras León X lo había recelado, su primo, Clemente VII, lo apreciaba con cautela.)

Los meses dramáticos anteriores al Saco vieron a Guicciardini y a Maquiavelo en una frenética, intensa y continua actividad para evitar la llegada de los españoles y los *lanzichenecchi* luteranos a Florencia (y lo lograron) y a Roma (y fallecieron). Italia fue el fruto más precioso y deseado que cayó en las manos de Carlos V, víctima del conflicto entre España y Francia, por una parte, por la ineptitud del papado y la ceguera de los gobiernos italianos por otra, que no vieron claro el momento histórico, y no siguieron las directivas a los que muy claro lo veían todo como Maquiavelo y Guicciardini.

Murió Maquiavelo pocas semanas después en junio del mismo 1527.

La profunda reflexión política de Maquiavelo emerge de un crisol con cuatro componentes: en primer lugar, el humanismo basado en la lectura de autores clásicos antiguos; en segundo lugar, un entorno cultural de una vivacidad impresionante; en tercer lugar, una experiencia política excepcional; y finalmente, un ingenio al nivel de los más grandes de su siglo. Apoyado, pues, en su experiencia directa en las cortes de Europa e Italia —Francia, Maximiliano, el papado, Nápoles— y en su diálogo y debate virtual con los antiguos —Cicerón, Livio, Salustio, Polibio, Plutarco, Tucídides, Aristóteles, Lucrecio y Tácito— forja un pensamiento único y original.

Ahora bien, los escritores medievales empezaban sus razonamientos en los tratados llamados *espejos de príncipes* con consideraciones universales y metafísicas sobre el designio de Dios para el hombre en la historia, la marcha

hacia la perfección, la justicia, y la salvación, en un razonamiento piramidal. Toda la tradición, aprendida entre otros en Aristóteles y en Santo Tomás, daba por supuesto que la actividad política pertenecía al sector de las ciencias morales. Sin abandonar ese concepto cardinal, los humanistas, en su revalorización de los ideales clásicos para la conducta de la vida humana, titubeaban sin embargo sobre la visión trascendental de la política o se alejaban implícitamente de ella con su enfoque antropocéntrico y conciencia de las extraordinarias potencialidades para realizarse en este mundo que el hombre tenía²³. Hay quien dice que Maquiavelo solo llevó la reflexión humanista a sus conclusiones lógicas, dando un último lógico paso final. En efecto, Maquiavelo entendía la política no como medio hacia la salvación o con referencia a una hipotética realidad trascendental, sino, como Aristóteles, como una ciencia que mira a establecer las reglas para regimenter el eterno conflicto de intereses entre los componentes de la sociedad.

Los conflictos por el poder caracterizan la vida humana, con los potentes que quieren ante todo prevalecer y dominar, y las clases populares que no quieren sino vivir en paz y no ser dominados. Esto se lee en la *Política* de Aristóteles y es acogido por Maquiavelo en el *Príncipe* y en los *Discursos*. Sin embargo, él propone la idea nueva y controversia de que los conflictos entre las clases populares y la clase senatorial hicieron más fuerte la República romana porque supieron llegar a compromisos y acomodaciones que hicieron durar la etapa más gloriosa de ella por 300 años, inspirando una lealtad y amor de patria que inspiró hazañas heroicas ejemplares. Cosa que luego, después de los Gracchi, ya no sabían hacer, y comenzó la ruina de la república con las guerras civiles. Este análisis original del carácter positivo del conflicto entre las clases, al menos cuando era capaz de producir un cierto equilibrio, suscitó non poco desconcierto entre sus contemporáneos y en los siguientes siglos.

Los primeros capítulos del *Príncipe*, donde enumera y describe los distintos tipos de gobierno, hacen eco, por el estilo seco y fríamente analítico, del Libro V de la *Política* de Aristóteles. Tan fuerte es el sabor aristotélico de muchos pasajes que Schoppe, en el s. XVI, lo indicó como parte de su defensa de Maquiavelo, y que llevaron a Bayle y más tarde a Naudé,

²³ Para una excelente discusión del desarrollo de las ideas sobre la política antecedentes a Maquiavelo, véase Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought, Vol. I: The Renaissance*. Cambridge University Press, 2010 (2018): «Es evidente que la forma, las preposiciones, y gran parte de la argumentación central del *Príncipe* lo hacen una contribución reconocible a una tradición firmemente establecida del pensamiento del tardo Cuatrocientos», 129 (traducción mía).

a sostener que el florentino había plagiado nada menos que a Aristóteles²⁴. Para nosotros lo importante es mostrar que las ideas de Maquiavelo, aunque vituperadas, tenían sus raíces en la cultura clásica antigua como también en los comentaristas medievales, Santo Tomas *in primis*, pero que, al mismo tiempo, en su desbordante originalidad, nunca adoptó o imitó, sin más, lo que leía, sino que lo sometió todo a una reelaboración original que Giorgio Inglese ha denominado «la tecnica di sviluppo rationale delle fonti»²⁵ (la técnica del desarrollo racional de las fuentes), que se ve repetidamente en sus textos, sea que se tratase de Aristóteles, de Polibio, de Cicerón, o del mismo Livio que él comenta.

Ahora bien, se reconoce universalmente, junto al análisis riguroso del «arte de gobernar», que hay, en el *Príncipe*, algunos conceptos dominantes, y en particular el de la necesidad, de la *virtus*, y de la fortuna, que ahora consideraremos brevemente uno a uno. Sin embargo, si nuestra atención se dirigiera principalmente a los *Discursos*, el concepto clave sería otra, sería la libertad. La obra maestra de Maquiavelo es de una extensión y densidad tal, que debe necesariamente quedar mayormente fuera de este pequeño trabajo. Sin embargo, es notorio que la idea de la república como la mejor forma de gobierno, idea que prevale en esa obra, no puede ser, y nunca está, escindida de la necesaria condición de libertad, la que se interpreta como la independencia del estado, libre del control de cualquier poder exterior, y donde los ciudadanos se rigen con buenas leyes («buenas órdenes» es otra expresión maquiaveliana), y armas propias. Demos la palabra a Quentin Skinner, uno de los expertos más autoritativos sobre Maquiavelo: *It would scarcely be an exaggeration to say that Machiavelli's preoccupation with political liberty provides him with his basic theme in all three books of the Discourses*²⁶. (No sería una exageración decir que la preocupación de Maquiavelo por la libertad política ocupa el tema fundamental de los tres libros de los *Discursos*.) (Traducción propia)

Volviendo al *Príncipe*, pues, consideramos primero el problema de la necesidad, que es el que ha producido los capítulos «del escándalo». Pero primero conviene tener presente lo que muchas veces se olvida, y es que la reflexión de Maquiavelo no trata la moral individual, del privado. Por lo que se refiere a la moral individual, Maquiavelo no se aleja nunca de la

²⁴ Sobre Schoppe (Scioppius, 1576 – 1649), Bayle y Naudé véase Carlo Ginzburg, *op.cit.* 158-160, y también *Nondimanco*, Milano, Adelphi, 2018, 34-36.

²⁵ Inglese, *Per Machiavelli*, 79.

²⁶ Skinner, *Foundations*, 158.

moralidad tradicional, nunca condonó alguna violación de la moralidad individual, privada, y él mismo, en la conducta de su vida, fue reconocido como un ejemplo de integridad. El malo siempre queda malo y llamado con su nombre en Maquiavelo, aun cuando la necesidad impone al estado o al príncipe de seguirlo.

Con el tema, pues, de la necesidad entramos en el famoso *nondimanco*²⁷ (el «no obstante») de Maquiavelo: la excepción a la regla, la derogación a los principios impuesta por las circunstancias. Nada de revolucionario en sí: en la casuística de los escolásticos y canonistas medievales hay el modo *simpliciter* por una parte, con el que se define la ley general, y el *secundum quid*, la dimensión que se refiere a una situación específica²⁸. Por lo demás el mismo Aristóteles, en el principio de la *Ética nicomáquea* establece que no puede haber reglas marmóreas y fijas en la ética del comportamiento humano. Y, sin embargo, la aplicación original e hiperrealista que hace Maquiavelo de esta manera de razonar ha causado no poco desconcierto. Lo vemos por ejemplo en los Capítulos XVI-XIX justo donde pone al examen el comportamiento moral del príncipe.

En el Cap. XVIII, Maquiavelo escribe:

qualquiera puede comprender lo loable que resulta en un príncipe mantener la palabra dada y vivir con integridad y no con astucia (aquí vemos la regla general o norma), no obstante (aquí el *secundum quid* o *sub condicione*) la experiencia de nuestros tiempos demuestra que los príncipes que han hecho grandes cosas son los que han dado poca importancia a su palabra y han sabido embaucar la mente de los hombres con su astucia, y al final han superado a los que han actuado con lealtad.

Luego da ejemplos de la historia reciente y sobre cómo la idea tradicional de la importancia de siempre mantener la fe puede llevar a la ruina del estado. Además, observa que «Alejandro VI nunca hizo otra cosa, nunca pensó en otra cosa que en engañar a los hombres, y siempre encontró material para poderlo hacer» (XVIII).

²⁷ 'Nondimanco' es una palabra ahora anticuada típica de la prosa del Quattrocentos de Maquiavelo.

²⁸ Para el nexo entre Maquiavelo y la casuística véase Ginzburg, *Nondimanco*, «Machiavelli, l'eccezione e la regola», 19-42, e «Intricate Readings», 168: «In that text (*Peri hermeneias*, n.d.r.) translated by Boethius as *De interpretatione*, countless generations of students learned the difference between [...] an absolute, atemporal dimension, and, on the other hand, a dimension related to a specific time, - an opposition which Boethius translated as *simpliciter* and *secundum quid*».

Más allá, en el mismo capítulo, escribe que «hay dos formas de combatir, con las leyes y con la fuerza. La primera es propia del hombre, la segunda de las bestias» (regla general). Y luego da todas las razones concretas por las que el príncipe debe saber utilizar tanto el hombre como la bestia, y de las bestias, el zorro y el león, es decir, la astucia y la fuerza, según las circunstancias, y que los antiguos comunicaron esto «en forma encubierta», haciendo que Quiron el centauro —medio hombre, media bestia— fuera quien educara a Aquiles y muchos otros príncipes. El ejemplo, famosísimo, del zorro y del león, está en el *De officiis* de Cicerón, pero Maquiavelo —que no sigue nunca ciegamente lo que lee— le da un análisis opuesto. Para Cicerón sea la manera de comportarse del león sea la del zorro era negativa y reprobable, y especialmente la del zorro. Mientras vemos que en Maquiavelo se hace positiva por necesaria.

Continúa en el Cap. XVIII diciendo que es útil «parecer piadoso, fiel, humano, integro, religioso, y *además serlo realmente* (cursiva mía) pero a la vez tener el ánimo dispuesto para poder y saber cambiar a la cualidad opuesta, si es necesario». Y, como escribe algunas líneas después, «todos pueden ver lo que pareces, pero pocos saben lo que eres». El príncipe debe «no separarse del bien, si puede, pero saber entrar en el mal, si es necesario». Además, «en las acciones de todos los hombres, y máxime en las de los príncipes, cuando no hay tribunal al que reclamar, se juzga por los resultados». Concluye con una alusión a Fernando el Católico: «Un príncipe de nuestro tiempo, cuyo nombre no conviene mencionar, predica continuamente la paz y la lealtad, siendo en realidad enemigo de ambas; de hecho, si hubiese observado tanto la una como la otra, habría perdido repetidas veces el prestigio y el estado»²⁹. Pero todo esto se había anticipado en el Cap. XV, después de haber enunciado la doctrina de la *verità effettuale*: «Por eso, si un príncipe quiere perdurar, es necesario que aprenda a no ser bueno, para luego *servirse o no* de esa capacidad, *según la necesidad*» (cursiva mía).

Otro giro opuesto que da a una norma ciceroniana ocurre cuando considera si es mejor para un príncipe ser temido o amado. Esta cuestión está tratada extensivamente en el Cap. XVII, donde vemos la famosa aserción de la visión negativa de la naturaleza humana. Su razonamiento es éste:

²⁹ En una carta a Guicciardini del 10 agosto del 1513, de Fernando el Católico Maquiavelo escribe que en él se encuentran más bien «astucia y buena fortuna» que «saber y prudencia».

ambas cosas son deseables, pero [...] en el caso que haya que prescindir de una de las dos, es más seguro ser temido que amado. Porque, en general, se puede afirmar que los hombres son ingratos, inconstantes, falsos y fingidores, cobardes ante el peligro y ávidos de riqueza; y mientras les beneficia, son todos tuyos [...] A los hombres les da menos miedo atacar a uno que se hace amar que a uno que se hace temer, porque el amor se basa en un vínculo de obligación que los hombres, por su maldad, rompen cada vez que se opone a su propio provecho, mientras que el temor se basa en el miedo de un castigo que nunca te abandona. No obstante, el príncipe debe hacerse temer de manera que, si no consigue el amor del pueblo, por lo menos evite su odio [...].

El «no obstante», una consideración fríamente racionalista y realista de la *verità effettuale*, que permite cualquier derogación de la norma para poder conservar la incolumidad del poder y del estado, es a su vez la única protección para la seguridad y prosperidad del pueblo que depende de la estabilidad y paz del estado. En esta perspectiva, el bien y el mal, el vicio y la virtud ya no se refieren a la trascendencia de un ordenamiento divino del mundo, sino son vistos según su utilidad para el bien común, es decir, como valores sociales³⁰.

Antes de Maquiavelo, la acción política se consideraba fruto de *agere* — una manera de actuar que resulta de la voluntad y que atañe a la rectitud. En cambio, el *facere*, la *techne*, el arte práctico, tanto en Aristóteles como en Aquinas, era una actividad fuera del ámbito de la moral, que estaba, exclusivamente, enfocada en la bondad del producto, del resultado, y no de la bondad del agente³¹. Por cierto, cuando Aristóteles dice en la *Ética nicomáquea*, VI, que la producción (*facere*) no es igual a acción (*agere*), y que el arte tiene que ver con la producción y no la acción, no estaba pensando en el arte del gobierno. Ni pensaba en eso Santo Tomás, cuando, comentando a Aristóteles, escribe en la *Suma Teológica* (I-II) que el arte no depende del recto apetito. Por cierto, no estaban pensando en la política cuando afirmaron que el arte, la *techne*, depende de la pericia del artesano, no de su pensar honesto, y que depende exclusivamente del buen resultado de su acción, y será juzgado solo por eso. A este propósito, es intere-

³⁰ Ugo Dotti, *Machiavelli rivoluzionario*, Roma, Carocci, 2003, 20.

³¹ Estos conceptos se encuentran mayormente en la *Ética Nicomáquea* I y VI, y en los respectivos comentarios de Santo Tomás, además que en la *Suma Theologia* I y II. Es superfluo decir que la bibliografía que discute estos preceptos es tan oceánica como la que atañe a Maquiavelo.

sante un ejemplo que lleva Maravall de un español que escribía en el 1556, Furió Ceriol, consejero de Felipe II, el cual, sin mencionar a Maquiavelo, escribió que se dice buen príncipe «como de un buen músico, el cual, aunque sea gran bellaco, por saber perfectamente su profesión de músico, es nombrado muy buen músico» (Maravall, 60). Su fuente o inspiración pudo haber sido o el mismo Aristóteles o Santo Tomás. Por nuestra parte podemos recordar el ejemplo de Caravaggio, que era un pintor divino como nadie, pero también fue un asesino.

Ahora bien, ¿en qué consiste la asombrosa revolución llevada a cabo por Maquiavelo? Fue transferir las cuestiones sobre la organización política de los estados desde la esfera de la moral que pertenece a la bondad del actor (donde pertenecía para Aristóteles y, siguiéndolo, para Santo Tomás y todos los pensadores políticos hasta Maquiavelo), a la esfera del arte, que pertenece a la bondad o eficacia del resultado. Singleton nos lo dice de manera muy clara: Maquiavelo barajó las categorías³². Barajó las categorías, y haciéndolo, provocó una revolución en la historia del pensamiento. De manera que trasportó la reflexión sobre la política, el gobierno, la organización de la sociedad humana desde la categoría del *agere*, que pertenece a la esfera moral, a la del *facere*, de la *techne*, del arte, que es el ámbito del *homo faber*, y que pertenece solo a la esfera práctica independiente de la moral. Era nada menos que un giro radical, y explica la irresistible atracción y eterna actualidad del pensamiento de Maquiavelo³³.

Tal manera de pensar nos lleva directamente a la ciencia. La ciencia, antes de todo, designa y limita el área de atención o estudio³⁴, y luego procede a estudiarlo por sí mismo, *iuxta propria principia*, para citar la obra famosa del filósofo de la naturaleza Bernardino Telesio. La ciencia no se

³² Sigo a Singleton en esta exposición, y a Ginzburg, en las obras citadas arriba.

³³ Un asombroso y singular antecedente del razonamiento de Singleton por lo que se refiere a la neutralidad moral del arte de la política se encuentra en Schoppe, del cual Ginzburg refiere su línea de argumentación (*Nondimanco*, 119): «La política è un arte, e quindi, (como insegna Aristotele) un attività moralmente neutra. Un'arte deve discutere tutti i tipi che fanno parte di un determinato genere. Pertanto, lo studio della politica deve esaminare, seguendo l'esempio di Aristotele e San Tommaso, tutte le forme di stato, non solo la migliore "che forse non è mai esistita e non esisterà mai" (*non modo eam, quae simpliciter sit optima, (quae nunquam fortasse ne fuit, ner erit) sed etiam quae pro conditione rerum sit optima*)». Schoppe argumentaba que Maquiavelo escribía sólo hipotéticamente.

³⁴ La delimitación de la esfera de investigación es fundamental. Véanse Ginzburg, *ibidem*, y la obra citada de Burnham y la de Singleton. El juicio atañe a los resultados: éxito o fallo.

mezcla con la metafísica, o no es ciencia, no puede ser trascendental, sino circunscrito y formulado en términos del mundo real del espacio, el tiempo y la historia. La delimitación de la esfera de la investigación es fundamental. Es por esto por lo que muchos dicen que Maquiavelo es el primer hombre moderno, porque llevó el enfoque científico al análisis *en soi* de la política, un análisis delimitado a la consideración de los resultados. Y por eso recordamos las ya citadas palabras de Felix Gilbert, *We can never return to concepts of politics which existed before Machiavelli wrote* (200).

Maquiavelo, poniendo las bases para una ciencia que mira al estudio del «en-sí» objetivo de los fenómenos sociales, desquició la ética tradicional. La hostilidad que suscitó tuvo su equivalente sólo en la que hubo hacia Copérnico y el copernicanismo. Una revolución, ésa, con muchos paralelos a la de Maquiavelo³⁵. De manera que, desde el Renacimiento, la ciencia sigue la perspectiva del arte³⁶.

Volvamos a otro de los conceptos clave que predominan en las obras de Maquiavelo y consideremos la *virtus*. Ahora, sabemos que la *virtus* no corresponde a la virtud cristiana, y que denota más bien la *vis animis* de los antiguos³⁷, es decir, energía, vigor, prontitud, fortaleza, hombría (*vir*), eficacia (también *vis*). Maquiavelo nutría el mito del redentor, el salvador, el fundador, que tenía que ser dotado de esa *virtus*, que abría las puertas al máximo bien, la gloria y la fama perdurable entre la colectividad. Maquiavelo se refiere insistentemente a Rómulo, a Mosé, a Licurgo, a Teseo, y sueña con un grande líder para poner las cosas bien en su tan lacerada Italia. Los capítulos del *Príncipe* y de los *Discursos* nos proponen incansablemente ejemplos de la historia antigua y moderna de hombres que tenían esa *virtus*, esa *vis animi*, y en particular los grandes militares como Escipión y el mismo Aníbal, pero vuelve siempre a los fundadores, Rómulo, Teseo, Mosè y Licurgo.

Esta idea pagana de *virtus* coexiste en los siglos al lado de la virtud cristiana. La vemos nada menos que en uno de los mitos fundacionales de nuestra civilización, es decir, en la figura de Ulises. Baste pensar en todas sus acciones, desde la astucia del caballo de Troya hasta sus acciones al

³⁵ Véase Dotti, op. cit., 439, del cual he hecho una libre paráfrasis.

³⁶ Singleton, op. cit., 189.

³⁷ Fue Cicerón que, traduciendo del griego, denominó estas cualidades como '*virtus*'. Cfr. una discusión de Salustio y la *vis animis* en Patricia Osmond, «Sallust and Machiavelli: from civic humanism to political prudence», *The Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 23, 1993, 407-437.

volver a Ítaca, para erigirlo como mejor ejemplo de la *virtus* maquiaveliana, aunque Maquiavelo no lo menciona nunca, no siendo Ulises ni un fundador ni un redentor.

Una discusión del último concepto clave, la fortuna, nos presenta la tarea más difícil. Y esto porque a través de sus muchos escritos Maquiavelo emplea este término —en sus despachos, en sus cartas, en sus escritos literarios— con múltiples acepciones, desde el uso más común y superficial (como cuando decimos «si tenemos fortuna mañana habrá sol»), al sentido de un destino individual (como cuando decimos «tengo que soportar las desgracias que mi mala fortuna me ha ocasionado») hasta una idea de la fortuna como una fuerza ciega y potente, amenazadora o favorecedora, que puede determinar el desenlace de eventos históricos, no solo individuales³⁸. Es obviamente en la tercera acepción que Maquiavelo la tiene siempre presente, y tenemos que estar de acuerdo con Denis Fachard cuando escribe que «la reflexión sobre el poder de la fortuna está en el centro del pensamiento político y antropológico maquiavélico»³⁹. El poder de la fortuna parece ser omnipotente, pero el *vir virtutis* no se debe caer en el fatalismo, porque «no obstante», dice, «para no anular completamente nuestro libre albedrío, considero que tal vez sea cierto que la fortuna gobierna la mitad de nuestras acciones, pero que aun así nos deja gobernar aproximadamente la otra mitad» (Cap. XXV).

Para resumir la esencia de su pensamiento, podemos decir que hay dos tácticas para poder salir incólume y aun posiblemente triunfante ante las terribles e imprevisibles vicisitudes de la historia, que, aunque no sean siempre eficaces, dan una buena y aún la única posibilidad.

La primera es prevenir erigiendo defensas para malos tiempos, como explica en el Cap. XXV del *Príncipe* en el famoso ejemplo del río que se desborda:

y comparo la fortuna con uno de esos ríos impetuosos que, cuando se enfurecen, inundan las llanuras, arrasan los árboles y las casas, quitan tierra de un sitio y la colocan en otro, y todos huyen frente a ellos, todos ceden ante su ímpetu sin poderlos frenar de alguna manera. Y aunque eso sea su naturaleza, nada impide que los hombres, en los

³⁸ Un excelente resumen de la evolución de la idea cristiana de la Fortuna desde Boecio a la que estaba más en sintonía con la antigüedad clásica se puede leer en Skinner, *Maquiavelo*, 51-60.

³⁹ Denis Fachard, «Fortuna» en *Enciclopedia Machiavelliana*, Roma: Istituto della Enciclopedia italiana fondata da Giovanni Treccani, 2014.

días tranquilos, tomen precauciones y construyan defensas y terraplenes, para que luego, cuando los ríos crezcan, fluyan por un canal, o, por lo menos, su ímpetu no sea tan desenfrenado y dañino. Lo mismo ocurre con la fortuna, que demuestra su poder allí donde no hay ninguna virtud preparada para hacerle frente, y dirige sus embestidas a donde sabe que no hay diques ni defensas para contenerla.

Pero, por otra parte, Maquiavelo enfatiza en muchos lugares de *El Príncipe*, de los *Discursos* y en sus otros escritos, la importancia de saber cambiar la forma de portarse cuando cambian las circunstancias. Es, en las palabras de Giorgio Inglese, *la dottrina del riscontro coi tempi*⁴⁰. Cosa difícilísima, porque cada uno actúa según su carácter y su naturaleza y es extremadamente difícil cambiar la manera de actuar según las diversas situaciones.

Ya en una carta famosa, escrita en 1506 a Giovan Battista Soderini (conocido como *Guiribizzi a Soderini*), da una serie de ejemplos de figuras, algunos de la historia antigua, algunos de sus contemporáneos, que actuaban con tácticas diferentes y que sin embargo tuvieron éxito, por las condiciones distintas en las que operaban. Entre muchos otros

Aníbal y Escipión, además de la disciplina militar, que sobresalía igualmente en ambos, el uno por la crueldad, la perfidia y la irreligión mantuvo unidos sus fuerzas en Italia, y se hizo admirado de los pueblos [. . .] el otro con piedad, fidelidad y religión, tuvo en España el mismo seguimiento de aquellos pueblos; y ambos tuvieron infinitas victorias.

Y concluye:

Pero como los tiempos y las cosas cambian universal y particularmente a menudo, y los hombres no cambian sus fantasías ni sus modos de proceder, sucede que uno tiene buena fortuna en un momento y otro tiempo triste. Y en verdad, el que fuera tan sabio que conociera los tiempos y el orden de las cosas, y se acomodara a ellos, siempre tendría buena fortuna o siempre se cuidaría de la triste, y llegaría a ser verdad que el hombre sabio mandase sobre las estrellas y los destinos. *Pero a causa de que estos sabios no se hallan, pues los hombres tienen la vista corta, y no pudiendo comandar su naturaleza, sucede que la Fortuna varía y manda a los hombres, y los mantiene bajo su yugo.* (cursiva mía)

Un famoso ejemplo en la historia romana fue el de Quinto Fabio Massimo, el «contemporizador», que logró, contra muchas objeciones, hacer

⁴⁰ Inglese, *Per Machiavelli*, 23.

delatar el ataque a Aníbal cuando las condiciones eran adversas para los Romanos. Sin embargo, «no advertía el cambio de los tiempos», y continuó con esa misma táctica aun cuando las circunstancias cambiaron, y trató de impedir que Escipión le atacase. Y Maquiavelo escribe

de manera que, si hubiera sido por él, Aníbal estaría todavía en Italia [...] Y si Fabio hubiera sido rey de Roma, fácilmente podría haber perdido esa guerra [...] pero habiendo nacido en una República donde había diferentes ciudadanos y diferentes estados de ánimo, como había hecho Fabio, que fue excelente a su debido tiempo para sostener la guerra, así Escipión tuvo después, en los tiempos aptos para ganarla (*Discursos*, III, Cap. IX).

Volviendo al Cap. XXV del *Príncipe*, mayormente dedicado al tema de la fortuna, aduce el caso del Papa Julio II, «que siempre actuó de manera impetuosa y se encontró con unos tiempos y una situación conformes a su forma de proceder, que siempre le dio buen resultado». Pero su muerte prematura impidió que conociese derrotas, «porque si hubiese llegado otros tiempos en los que hubiese habido que proceder con prudencia, sin duda habría fracasado, porque nunca se habría apartado de la forma de actuar a la que su naturaleza le inclinaba».

Ni puede faltar el ejemplo clamoroso de César Borgia, que pudo llegar al ápice de su poder no sólo por su natural talento, sino, por su fortuna, su padre era el Papa, y cuando murió éste terminó su fortuna. Pero aún en este caso, su ruina final no fue exclusivamente debido a la mala suerte de la muerte de su padre, sino por un grave error suyo. Creyendo a las falsas promesas de Juliano della Rovere, futuro Julio II, aunque había mala sangre entre ellos, permitió que los votos de los cardenales que él controlaba, y especialmente los de los españoles, fueran para della Rovere. Fue un error colosal que llevó a la ruina. No calculó que las injurias no se olvidan⁴¹. Poco después de ser elegido papa, Julio II lo hizo detener, y César Borgia terminó sus días prisionero en España.

El tema de la fortuna proporciona el fondo trágico que subyace a la profunda reflexión de Maquiavelo. Al lado de la extrema racionalidad, la lógica sin concesiones, las severas lecciones de la historia y de los eventos en su entorno, la fortuna se erige con su cara ahora maligna ahora risueña,

⁴¹ Véase *Príncipe*, final del Cap. VII: «Por eso el duque tenía que haber hecho a un papa español, y si no podía, tenía que haber consentido que fuese Rouen [el cardenal de Rouen, n.d.r.] per no San Pietro en Vincula [el cardenal de San Pietro en Vincula, i.e. Juliano della Rovere, n.d.r.]».

pero nunca completamente en nuestro poder. Sin embargo, para Maquiavelo, hay que evitar la pusilanimidad, y «es mejor ser impetuoso que prudente», porque la fortuna «se deja vencer más fácilmente por los que actúan así que por los que proceden fríamente, y por eso, como mujer que es, siempre es amiga de los jóvenes, porque son menos cautelosos, más fieros y la gobiernan con más audacia» (Cap. XXV). En las palabras de Giorgio Inglese, un «ímpetu vitalista» es, al final, el último recurso.

Maquiavelo ¿republicano o absolutista? A causa de algunos aspectos en la manera de tratar a los principados ha habido mucho debate sobre si Maquiavelo se inclinaba hacia una monarquía absolutista o una república. Como se puede imaginar, la bibliografía sobre esta cuestión, y sobre la forma de gobierno por la que realmente abogaba Maquiavelo, es enorme. A finales del Quinientos y en particular en el Seiscientos, su pensamiento fue asociado a la «razón de estado», idea dominante de esa época, en sostén de las monarquías y del absolutismo, cuando los teóricos hablaban de Tácito para no nombrar a Maquiavelo. Pero baste leer no sólo los *Discursos*, sus cartas, y otras obras, además gran parte del *Príncipe*, para ver que Maquiavelo, declaradamente, valorizaba una república sobre todas las formas de gobierno y, además, valorizaba más que cualquier cosa la libertad, la libertad de un estado independiente bajo la protección de armas propias y leales, y regido por buenas leyes⁴². Que las buenas leyes garanticen la libertad a los ciudadanos, es cosa que el repite *ad nauseam* en sus obras. Se ha dicho inclusive que los *Discursos* son un himno a la forma republicana de gobierno, como se puede ver a través de sus centenares de páginas⁴³.

Sin embargo, Maquiavelo concluyó que donde hay, y desde hace mucho tiempo, «corrupción», y alejamiento de las buenas costumbres y leyes,

⁴² Véase Gennaro Sasso sobre los *Discursos* en la *Enciclopedia Maquiaveliana*, «I *Discorsi* sono l'opera più importante di M., quella che, raccogliendo insieme tutti i temi del suo pensiero politico, storiografico e, *lato sensu*, filosofico, costituisce forse *quanto di più alto si sia scritto in Italia sul tema della 'repubblica'*». (Cursiva mía).

⁴³ Muchísimos son los libros y artículos que exponen y debaten tema de Maquiavelo republicano. Los mejores son Skinner, *Maquiavelo*, 2020 (1984) y su *Foundations of Modern Political Thought*, Vol.I, Cambridge University Press, 2010 (1997), *cit.*, y los varios libros y artículos de Maurizio Viroli. Cfr. su *Machiavelli. Filosofo della libertà*. Roma, 2013: «Aunque a lo largo de los siglos Maquiavelo alcanzó la fama, o la infamia, como autor del *Príncipe*, una obra compuesta para enseñar a un gobernante cómo fundar un principado, fue un firme defensor de la libertad republicana, en defensa de la cual escribió los argumentos más elocuentes y convincentes en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*», 69 (traducción mía). (El libro fue publicado por primera vez en inglés como *How to Read Machiavelli*, Londra, Granta Publications, 2008.)

y donde el ciudadano pone su propio bien por encima del bien común⁴⁴, como en la Italia de su tiempo, podría ser saneada y unificada solo a través de la obra de un príncipe (aquí vemos otra vez la nostalgia maquiaveliana de un salvador o redentor) que tomara la iniciativa de refundar y consolidar con «buenos órdenes» el país en un estado unitario como el que se veía en Francia, en España y en Inglaterra. Nos recuerda que para fundar un estado deber haber uno solo, como en el caso de Rómulo que tuvo que eliminar a Remo. Como nos recuerda Burnham, todas las naciones europeas se consolidaron a través de un príncipe, o, más bien, una sucesión de príncipes, y es difícil ver cómo podía haber sido de otra manera. Era así en Francia, así en Inglaterra, así en España (Burnham, *op. cit.* 34).

Pero, a fin de cuentas, ¿por qué escribió Maquiavelo el *Príncipe*, obra tan distinta de todas las otras suyas? Para Maurizio Viroli, gran estudioso de Maquiavelo, el *Príncipe* es una oración retórica, hecha para persuadir, construida con la máxima arte retórica que él manejaba a la perfección, que comienza con la *captatio benevolentiae* y termina con una exhortación final⁴⁵. Y contiene momentos de efecto choque, para convencer a un redentor que liberase a Italia de los bárbaros y llevase a cabo la unificación del país, siguiendo el proceso de los grandes países europeos, como dice explícitamente en la exhortación final. Maquiavelo mismo lo llama un «opúsculo». Está todo enderezado hacia la exhortación final, apasionadísima, que auspicia un redentor para Italia.

De cualquier manera, una lectura guiada del *Príncipe*, y todavía más, de los *Discursos*, mostraría fuera de cualquier duda que la mayor parte de esos textos consta de observaciones y consejos de inmensa perspicacia, sabiduría y noble intención, y que es sencillamente falsa la leyenda negra, que nace virulento con el hugonote Gentillet y que se ha continuado por las hipocresías de los políticos que mientras tanto lo han siempre estudiado con la máxima atención. Además, recordemos la aguda observación de Max Lerner, que es que muy pocos de los que hablan de *El Príncipe* han leído más que algunas frases, a pesar de haber sido uno de la media docena de libros que han forjado el pensamiento occidental⁴⁶. La Iglesia le fue siempre enemiga porque, en efecto, las «teorías de Maquiavelo sacudieron con

⁴⁴ Skinner, *Foundations*, I, 164.

⁴⁵ Cfr. Maurizio Viroli, *Il Sorriso*, 69.

⁴⁶ Max Lerner, Introduction to *The Prince and the Discourses* by Niccolò Machiavelli, New York, Modern Library, 1950 (1940) xxv – xlvi.

violencia la visión cristiana del mundo»⁴⁷. Por cierto, la Iglesia fue también enemiga en su tiempo de Galileo, pero sobre él ha invertido completamente ese antiguo modo de ver.

Michele Ciliberto nos recuerda que Maquiavelo «a lo largo de su obra es siempre, y en todo caso, un “reformador” ético y político, un utópico, según la que es la mejor tradición del Humanismo y, en general, la mejor tradición civil italiana»⁴⁸.

A fin de cuentas, en Italia, Maquiavelo es ante todo un florentino apasionado y un patriota. En un discurso del 1520 escribe: «Creo que el mayor honor que los hombres pueden tener es el que les es dado voluntariamente por su país: creo que el mayor bien que se hace, y el más agradecido a Dios, es lo que se le hace a su país»⁴⁹. En una carta escrita en los últimos meses de su vida, durante los esfuerzos para impedir el Saco de Roma, declara que ama la Patria más que su alma. Para él, es como recita el título del capítulo IX del tercer libro de los *Discursos*, «Que la patria debe ser defendida o con ignominia o con gloria; y en cualquier manera está bien defendida».

Como pensador y patriota es honrado en toda Italia. Y dicen que cuando De Sanctis (que es como un nuestro Menéndez y Pidal) oyó las campanas que señalaban la brecha di Porta Pía en 1870, (el ataque que completó la unificación de Italia con la conquista de la Roma del papado) dejó caer su pluma y declaró: «Sea gloria a Maquiavelo».

Pero volvamos a Sant’Andrea en Percussina. Hay allí una lápida puesta en el cuarto centenario de la muerte (1927) que recita:

A Niccolò Machiavelli
Che qui meditò e propugnò la liberazione d’Italia
scrivendo le sue opere immortali
Sull’arte di reggere e difendere con armi proprie gli stati
Il Comune di San Casciano
Pose questa memoria
Nel quarto centenario della nascita
Del grande statista italiano

Además, en la basílica franciscana de Santa Croce en Florencia que sirve como panteón de los grandes italianos, donde podemos admirar la

⁴⁷ Dotti, *op. cit.*, 440.

⁴⁸ Michele Ciliberto, *op.cit.*,57.

⁴⁹ *Discursus florentinarum rerum post mortem iuniores laurentii medices*, 1520.

tumba de Miguel Ángel, de Galileo, y otros muchos más, está entre ellos la tumba del Maquiavelo, con una lápida cuyo epígrafe es muy citado: *Tanto nomini nullum par elogium*. (A tan grande nombre ningún elogio puede ser suficiente.) Recuerda esta inscripción Gilbert al final de su conocidísimo estudio sobre Maquiavelo, y también Quentin Skinner termina con ella su pequeño volumen sobre el ilustre florentino.

Creo que no hay una ciudad media o grande en toda Italia que no tenga un colegio que lleve el nombre Maquiavelo, no sólo por la profundidad de su meditación teórica y su actividad patriótica, sino por su ejemplar integridad personal, que se propone como modelo a los jóvenes. Como escribe Viroli, Maquiavelo no solo nos dejó obras de duradera importancia, sino también un ejemplo de rectitud y sabiduría⁵⁰.

APÉNDICE I

Lo que sigue es la traducción de la famosísima carta del 10 diciembre del 1513 a Francesco Vettori, amigo y embajador por Florencia a la santa sede en Roma, (en Maquiavelo, *Epistolario 1512-1527*, México D.F., Fondo de Cultura Económica 1990, Trad. Stella Mariangelo). Es la carta más famosa de la literatura italiana, especialmente la parte central, y donde habla de cómo pasa su tiempo, de sus conversaciones con los antiguos, y de haber escrito un opúsculo «de Principatibus».

Al magnífico embajador florentino ante el sumo pontífice y benefactor suyo Francisco Vettori.

En Roma

MAGNÍFICO embajador. Tardas nunca serán gracias divinas. Digo esto porque me parecía haber no perdido, sino extraviado vuestra gracia, pues habéis pasado mucho tiempo sin escribirme, y dudaba de dónde pudiera nacer la causa de ello. Y de todas las que me venían a la mente hacía poca cuenta, salvo de aquella cuando dudaba no hubieseis dejado de escribirme porque os hubieran escrito que no era yo buen administrador de vuestras cartas; y yo sabía que, fuera de Felipe y Pablo, por cuenta mía nadie más las había visto. Me he recuperado con la vuestra del 23 del mes pasado, que me deja contentísimo por ver cuán ordenada y serenamente ejercéis vos ese cargo público, y yo os exhorto a continuar así, porque quien deja su comodidad por la de otros, pierde la suya y los demás no le agradecen nada. Y ya que la fortuna quiere hacerlo todo, se impone

⁵⁰ Maurizio Viroli, *Sorriso*, prefacio a la edición de 2016: «y todavía es válida, y digna de ser reformulada, la convicción que guió la redacción de la primera edición, a saber, que Maquiavelo nos dejó no sólo un tesoro de sabiduría política, sino también una preciosa herencia de sabiduría de vivir».

dejarla hacer, estarse quieto y no darle batalla, y esperar el tiempo en que deje a los hombres hacer algo; y entonces a vos tocará soportar mayores trabajos, y a mí salir de mi quinta y decir: heme aquí. No puedo, por lo tanto, deseando devolveros gracias pares, deciros en esta carta otra cosa que lo que es mi vida, y si juzgáis que sea para trocarla por la vuestra, yo estaría contento del cambio.

Yo me estoy en la quinta, y desde que terminaron aquellos últimos casos míos no he estado, sumándolos todos, 20 días en Florencia. Primero me ocupaba en cazar tordos con mis propias manos. Me levantaba antes del día, armaba las trampas y salía con una sarta de jaulas a la espalda, que parecía el Geta cuando volvía del puerto cargado con todos los libros de Anfitrión; cazaba a lo menos dos, a lo más seis tordos. Así pasé todo septiembre; después este entretenimiento, aunque extraño y despechado, cesó con disgusto mío, y os diré cuál es mi vida. Me levanto a la mañana con el sol y me voy a cierto bosque de mi propiedad que estoy haciendo cortar, donde me quedo dos horas revisando el trabajo del día anterior y pasando el rato con esos leñadores, que siempre traen algún pleito entre manos, entre ellos o con los vecinos. Sobre este bosque tendría para contaros mil cosas raras que me han ocurrido, con Frosino da Panzano y con otros que querían madera de ésa. Frosino en particular mandó por varias cargas sin decirme nada, y en el pago me quería retener 10 liras, que dice que yo debía haberle pagado hace cuatro años, que me las ganó a la cricca en casa de Antonio Guicciardini. Yo me puse hecho el diablo, quería denunciar al carretero que había ido a buscarlas por ladrón, hasta que Juan Maquiavelo intervino y nos puso de acuerdo. Bautista Guicciardini, Felipe Ginori, Tomás del Bene y varios ciudadanos más, cuando soplaban aquellos vientos, pidieron una carga cada uno. Yo prometí a todos, y le mandé una a Tomás, la cual se vendió en Florencia por la mitad, porque en la venta intervinieron él, su mujer y sus hijos, que parecían el Gaburra un jueves matando a palos a uno de sus bueyes con sus mozos. De suerte que, viendo para quién era la ganancia, dije a los demás que no tengo más leña, y todos se resintieron, en especial Bautista, que agregó ésta a la lista de las desgracias de Prato.

Abandonado el bosque, me voy a una fuente, y de ahí a un terreno donde tengo tendidas mis redes para pájaros. Llevo un libro conmigo, Dante o Petrarca o alguno de esos poetas menores, como Tibulo, Ovidio y otros: leo sus pasiones amorosas y sus amores, me acuerdo de los míos, y me deleito un buen rato en esos pensamientos. Me traslado después a la vera del camino de la hostería, hablo con los que pasan, les pido noticias de sus pueblos, oigo diversas cosas y noto diversas fantasías de los hombres. Llega en esto la hora de comer, en que con mi brigada me nutro con los manjares que esta pobre quinta y este parco patrimonio comportan. Después de comer regreso a la hostería: ahí está el hostero, y habitualmente un carnicero, un molinero, dos panaderos. Con éstos me encanallo todo el día jugando cricca, trictrac y poi, de lo cual nacen mil conflictos e infinitos incidentes de palabras injuriosas, que las más de las veces se apuesta un cobre y sin embargo los gritos se oyen desde San Casiano. Así revuelto entre estos piojos

saqueo el cerebro del mohó, y desahogo la malignidad de esta suerte mía, y me alegro de que me pisotee de esta manera, por ver si no se avergüenza.

Cuando llega la noche, regreso a casa y entro en mi escritorio, y en el umbral me quito la ropa cotidiana, llena de fango y de mugre, me visto paños reales y curiales, y apropiadamente revestido entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres donde, recibido por ellos amorosamente, me nutro de ese alimento que sólo es el mío, y que yo nací para él: donde no me avergüenzo de hablar con ellos y preguntarles por la razón de sus acciones, y ellos por su humanidad me responden; y no siento por cuatro horas de tiempo molestia alguna, olvido todo afán, no temo a la pobreza, no me asusta la muerte: todo me transfiero a ellos. Y como dice Dante que no hay ciencia sin el retener lo que se ha entendido, he anotado todo aquello de que por la conversación con ellos he hecho capital, y he compuesto un opúsculo *De principatibus*, donde profundizo todo lo que puedo en las meditaciones sobre este tema, disputando qué es principado, de cuáles especies son, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden. Y si alguna vez os agradó alguno de mis garabatos, éste no debería desagradaros; y para un príncipe, y especialmente para un príncipe nuevo, debería resultar aceptable, por eso lo encamino hacia la magnificencia de Juliano. Felipe Casavecchia lo ha visto: podrá informaros en parte sobre la cosa en sí y sobre las conversaciones que he tenido con él, aunque todavía lo estoy aumentando y puliendo.

Desearíais, magnífico embajador, que yo dejara esta vida y fuera a gozar con vos de la vuestra. Yo lo haré de cualquier modo, pero lo que me detiene ahora son algunos negocios míos que en seis semanas estarán terminados. Lo que me hace estar en duda es que están ahí los Soderini, y yo estaría obligado, si fuese allí, a visitarlos y hablarles. Y temo que a mi regreso no creyese desembarcar en casa y desembarcase en la cárcel, porque aun cuando este estado tiene grandísimo fundamento y gran seguridad, sin embargo, es nuevo, y por eso suspicaz, y tampoco faltan los sabios que, por parecerse a Pablo Bertini, meterían a los demás en la cárcel y me dejarían la preocupación a mí. Os ruego que me resolváis este temor, y después en el tiempo dicho iré a visitaros de todos modos.

He hablado con Felipe sobre este opúsculo mío, si le parecía mejor dedicarlo o no dedicarlo, y si estaba bien dedicarlo, si fuera mejor que yo lo llevase o que lo mandase. El no dedicarlo me hacía temer que Juliano no lo leyese siquiera, y que el tal Ardinghelli se adornase con este último esfuerzo mío. A dedicarlo me impulsaba la necesidad que me oprime, porque yo me consumo inútil, y no puedo estar así mucho tiempo sin volverme por la pobreza despreciable, además del deseo que siento de que estos señores Médicis empiecen a emplearme, aunque empezaran por hacerme dar vuelta una piedra; porque si después no me los gano me daría lástima a mí mismo; y por esta cosa, después de leerla, se vería que los 15 años que dediqué al estudio del arte del Estado no los pasé durmiendo ni jugando; y a cualquiera debería resultarle agradable servirse de alguien que a expensas de otros estuviera lleno de experiencia. Y de mi lealtad no debería haber duda porque yo, que

siempre he mantenido mi palabra, no voy a aprender ahora a romperla, y quien ha sido fiel y bueno por 43 años, como yo tengo, no debe poder cambiar de naturaleza, y de la lealtad y bondad más da testimonio mi pobreza.

Desearía entonces que vos me escribierais todavía cuanto os parezca sobre este asunto, y a vos me encomiendo. Sed feliz. Día 10 de diciembre de 1513.

APÉNDICE II

Traducción de los primeros párrafos de la *Historia de Italia* de Francesco Guicciardini. El libro abarca el periodo desde 1492-1534 durante el cual Guicciardini había sido participante y testigo directo.

Capítulo I:

He deliberado escribir las cosas a nuestra memoria en Italia, después que las armas de los franceses, llamados por nuestros mismos príncipes, comenzaron con gran movimiento a perturbarla: materia, por su variedad y grandeza memorable y llena de accidentes atroces, después de haber sufrido tantos años Italia todas esas calamidades con las que los miserables mortales, ahora por la justa ira de Dios, ahora por la impiedad y villanía de otros hombres, ser afligidos.

[...]

Las calamidades de Italia (para que pueda dar a conocer cuál fue su estado encontrado, y al mismo tiempo las causas de las que se originaron tantos males) comenzaron con mayor dolor y temor en las mentes de los hombres cuando las cosas universales eran entonces más alegres y felices. Porque es manifiesto que, desde que el Imperio Romano, debilitado principalmente por la mutación de las costumbres antiguas, comenzó, ya más de mil años, de aquella grandeza a declinar a la que con maravillosa virtud y fortuna se había elevado, nunca había sentido Italia tanta prosperidad, ni había experimentado condición tan deseable como aquel en que ciertamente descansaba en año de la salud cristiana mil cuatrocientos noventa y cuatro.

Porque, reducido todo en suprema paz y tranquilidad, cultivado no menos en lugares más montañosos y más estériles que en las llanuras y regiones más fértiles, ni sometido a ningún otro imperio que el suyo, no sólo era abundante en habitantes mercancías y riquezas; sino supremamente ilustrado por la magnificencia de muchos príncipes, por el esplendor de muchas ciudades nobles y hermosas, por la silla y majestad de la religión, floreció con hombres muy buenos en la administración de las cosas públicas, y con muy noble ingenio en todas las doctrinas y en todo arte preclaro e industrioso; ni desprovista, según la costumbre de aquella época, de gloria militar y adornado con tantos dones, mercedamente unido a todas las naciones nombre y fama muy clara considerada.